

para no dejarse deslumbrar de sus resplandores, cuando el trato, cuando las conversaciones son frecuentes. Si los santos, que solo tratan con el mundo para santificarle, corren gran riesgo de pervertirse ellos mismos, no obstante sus preservativos, ¿cómo se pueden tener por seguros los que le tratan por gusto, por diversion, por desahogo, no mas que por tratarle, estando tan distantes de la virtud de los santos? Aun aquellos que nunca ven al mundo sino en la iglesia y en el sagrado tribunal de la penitencia, tienen justo motivo de temerle; ¿qué será los que de propósito van á buscar al mundo dentro del mismo mundo, á los teatros de la profanidad, adonde despliega todo lo que el demonio ha inventado para engañar los sentidos, y para envenenar el corazon? Juzga tú mismo si esto será posible. Huye, huye de esos escollos, y si la obligacion ó la atenta correspondencia te precisan á exponerte á ellos, sea siempre previniéndote con una visita al Santísimo Sacramento, ó con alguna breve oracion; y haz lo mismo luego que vuelvas á casa.

DIA VEINTE.

SAN EUQUERIO, OBISPO.

San Euquerio, uno de los mas santos prelados de la iglesia de Francia, florecia en el octavo siglo así por el resplandor de su eminente virtud, como por su fervoroso celo en promover la disciplina eclesiástica. Nació en Orleans hácia el año de 690, de una de las familias mas nobles de aquella ciudad. Su madre era una señora de singular virtud, y de costumbres tan arregladas, que tenia pocas imitadoras. Volviendo

una noche de la iglesia, donde habia asistido á matines, se retiró á su cuarto, y tuvo un sueño que la consoló mucho. Apareciósela un ángel, y despues de haberla alabado la devocion y la frecuencia con que asistia á los divinos oficios, la anunció que el hijo que llevaba en su seno seria hijo de bendiccion y con el tiempo un santo obispo. El nacimiento de aquel querido hijo regocijó extraordinariamente á toda la familia. Noticiosos todos de la vision de la madre, se preguntaban unos á otros: *Quis putas puer iste erit?* ¿Qué cosa será este niño con el tiempo? El deseo de no perdonar á medio alguno que contribuyese á proporcionar las grandes esperanzas que se habian concebido de él, movió á sus padres á suplicar á san Ansberto, obispo de Autun, cuya fama de santidad volaba entonces por toda la Francia, que se dignase hacerles la honra de bautizarle. Informado el santo prelado del misterioso sueño que habia precedido á su nacimiento, tuvo singular consuelo en administrar el sacramento del bautismo á un niño por quien el mismo cielo parecia interesarse. Lleváronle sus padres á Autun, y el santo obispo le recibió con aquellos movimientos de gozo espiritual que inspiran á los santos los indicios ó pronósticos de la futura santidad, exhortando á los virtuosos padres á que doblasen el cuidado en la vigilante educacion de aquel hijo, que algun dia habia de honrarlos tanto.

No se pasó mucho tiempo sin que se descubriesen en el santo niño presagios poco dudosos de lo que habia de ser. La dulzura de su natural, su docilidad y su modestia le hicieron amable desde la cuna. Parecia que habia nacido con él la devocion; á lo menos se anticipó al uso de la razon, y se dejó ver en sus acciones antes que se la hubiesen enseñado. Ninguna cosa consolaba mas á sus piadosos padres que ver la ansia y gusto con que el niño Euquerio se dedicaba á la

oracion. No se le podia dar mayor contento que decirle le habian de llevar á la iglesia, donde estaba el niño con tanta compostura, con tanto respeto, que parecia cosa sobrenatural.

A la edad de siete años le aplicaron al estudio. Como tenia mucho ingenio y era de un natural dócil y blando, en poco tiempo hizo admirables progresos. Distinguióse en las letras humanas y en las artes, saliendo muy aprovechado en la filosofia; pero entre todas las facultades á que le aplicaron con tan feliz éxito, á ninguna se dedicó con igual gusto que á las que tratan de la Religion. Estudió con ansia la teología, los sagrados cánones y santos padres de la Iglesia, de manera que en poco tiempo fué correspondiente á su virtud su sabiduría. Á la edad de diez y siete ó diez y ocho años, era ya tenido por un pequeño prodigio de ciencia y de santidad. Nunca fué muchacho sino en los pocos años, y jamás se observó en él la menor puerilidad ni lijereza.

Siendo inseparable de la verdadera piedad cristiana la devocion con la santísima Virgen, fué ternisima y afectuosísima la que toda la vida profesó Euquerio á esta Señora, sin nombrarla por lo comun con otro nombre que con el de su querida madre. Al paso que la edad, iba creciendo su virtud; y como la oracion habia sido todo el entretenimiento de su niñez, tampoco tuvo otra diversion en su juventud que la lectura de buenos libros, y los ejercicios de la mas sólida piedad.

Una virtud tan eminente y tan anticipada no podia quedarse en el siglo; ni el mundo parecia terreno á propósito para un corazon tan puro y tan recto. Al principio abrazó el estado eclesiástico, siendo obispo Leodoberdo, y en pocos dias era el ejemplar que se proponia para la imitacion á todos los clérigos; pero este estado, aunque tan santo, todavía le pareció muy peligroso; y como anhelaba á la mas alta perfeccion,

todos sus suspiros eran por la soledad. Puso los ojos en el monasterio de Jumieges, situado á la orilla del rio Sena, en la diócesis de Ruan, donde reinaba la disciplina monástica con tanta regularidad, que comunmente era tenuta por una de las casas religiosas de mas estrecha observancia. Fué recibido en ella nuestro santo como venido del cielo; porque la fama de su singular virtud no solo habia prevenido los ánimos en su favor, sino que ya le aclamaba como un modelo cabal de la perfeccion cristiana. A pocos dias hizo conocer su trato que la fama no habia hecho merced á su mérito. En el noviciado fué la admiracion de los mas ancianos, y asombro aun de los mas perfectos; juntaba una profunda humildad y una austerisima mortificacion, con una inocencia, con un fervor que era el pasmo y aun la confusion de todos.

Siete años pasó san Euquerio en una vida tan penitente, que renovaba en Jumieges aquellos espantosos ejemplos de penitencia que hasta entonces solo se habian visto en los desiertos de Oriente. Su ayuno era continuo, y austerísima su abstinencia. Ingenioso en mortificar aquellos sentidos que hasta allí se habian conservado inocentes, todo su estudio era crucificar su carne y macerar su cuerpo, de manera que el rigor de la penitencia parecia le dejaba vivir como por milagro. Era tan exacto en la observancia de las mas menudas obligaciones de su instituto, que jamás se le notó la menor falta de regla ni aun por inadvertencia. Habia recibido un don de contemplacion tan elevado, que pudiera decirse estaba continuamente en oracion, y que su oracion era un perpetuo éxtasis. Sublimado á la dignidad del sacerdocio, no se puede explicar con qué religion, con qué devocion, con qué fervor se llegaba á celebrar el santo sacrificio; su encendido corazon, inflamado en un purísimo amor, se exhalaba en suspiros, y se derretia en lágrimas.

Habiendo muerto en este tiempo Severo, obispo de Orleans, y tío de nuestro santo, así el pueblo como el clero, á una voz pidió á Euquerio por obispo; pero como todos tenían tan conocida su sincera y profunda humildad, correspondiente en todo á las demás eminentes virtudes que le acompañaban, se tuvo muy prevista su invencible repugnancia á toda suerte de dignidad eclesiástica, y que se resistiría obstinadamente al obispado, ó le pondrían en precision de eludir sus deseos con la fuga. Para prevenir este inconveniente, el primer paso fué acudir á Carlos Martel, que con el título de *Maire*, ó mayordomo de palacio, gobernaba absolutamente todo el reino. Despachóle el clero de Orleans una diputacion, pidiéndole diese su permiso para elegir á Euquerio por obispo, y suplicándole al mismo tiempo se dignase apoyar con su autoridad esta eleccion. Condescendió sin dificultad aquel principe con una súplica tan justa, y aun les dió uno de sus primeros oficiales para que fuese con ellos, y de su parte sacase á Euquerio de Jumieges, y le condujese á Orleans.

Luego que los diputados y el oficial llegaron al monasterio, declararon al santo como el clero y el pueblo de Orleans unánimemente le habian elegido por obispo. Al oír Euquerio esta noticia, quedó tan fuera de sí como si le hubiera sucedido la mayor desgracia del mundo; pero viendo que no se hacia caso ni de sus ruegos, ni de sus razones, ni de sus lágrimas, vueltos los ojos inundados en ellas á sus queridos hermanos, les suplicó con el modo mas tierno, mas enérgico, mas expresivo, que no permitiesen le arrancañen de su amable compañía para volverle á enredar en los peligrosos lazos del siglo; confesando con ingenuidad que á las mas sagradas dignidades las miraba con temor; considerándolas como unas plazas fronterizas expuestas á mayores peligros de la

salvacion. Los monjes por su parte, sensiblemente penetrados de dolor por aquella tierna separacion, mezclaban sus lágrimas con las del afligido Euquerio, sin hallar otro consuelo en la pérdida de tan envidiable compañero, sino la consideracion del mayor bien que resultaba á toda la santa Iglesia. Fué en fin necesario dejar la amada soledad, y marchar á Orleans. Allí encontró ya juntos á todos los obispos de las cercanías para la ceremonia de su consagracion, la que se celebró en medio de numerosa clerecia, y de casi inmenso concurso de infinito pueblo, que no se hartaba de dar gracias á Dios por haberle concedido á tan santo obispo.

Luego que se vió á cuestas con el formidable peso de la dignidad episcopal, cuyas gravisimas obligaciones tenia bien comprendidas, dió toda su aplicacion á desempeñarlas. Entregóse enteramente al cuidado que pedia el gobierno de su iglesia. Comenzó haciendo reflorar la disciplina eclesiástica; y persuadido á que ninguna cosa contribuye tanto á la reformacion de las costumbres del pueblo como la vida ejemplar de los eclesiásticos, se aplicó singularmente á la reforma del clero. Fué su ejemplo la primera leccion que le dió, teniendo el consuelo de recoger muy presto abundantes frutos de su laborioso celo. Mudáronse las costumbres populares, y se vieron desterrados los abusos. La religion, la piedad y el culto divino reinaron en la diócesis de Orleans, comunicándose á las provincias vecinas la luz de su resplandor brillante. Portábase con todos el santo prelado con tanta dulzura, con tanto amor, con tanta benevolencia, que, hecho dueño de sus corazones, todos le veneraban como pastor, y todos le amaban como padre. Cuando andaba en la visita de su obispado, que era frecuentemente, le salian al camino las villas, las ciudades enteras, correspondiendo el rendimiento con que

recibian sus órdenes al amoroso espíritu con que él las dispensaba.

Sería especie de prodigio que una virtud tan eminente y tan ilustre estuviese largo tiempo sin la prueba de la persecucion. Aquella admirable union que reinaba entre el pastor y el rebaño se turbó en fin por el artificio del infierno, en cuyos dominios hacia cada día nuevas conquistas el infatigable celo de nuestro santo. Desagradaban mucho al enemigo comun así la solicitud pastoral como los grandes frutos que hacia el santo prelado; y enfurecido con la rabia, desplegó todos sus artificios para manchar la reputacion de Euquerio por medio de la calumnia. Gozaba de una dulce paz en medio de su querido pueblo, continuada por casi diez y seis años, cuando trabajaron en hacerle sospechoso al príncipe, que hasta entonces habia profesado singular estimacion y veneracion al santo obispo. Desencadenóse la envidia contra su severidad, que calificaba de aparente, pero sobre todo contra el celoso teson con que se oponia á que los legos usurpasen los bienes de la Iglesia. Esto era puntualmente atacar á Carlos Martel por el lado flaco, y tocarle en el punto mas sensible. Como este príncipe se hallaba empeñado en tantas guerras, ya en defensa propia, ya contra los Sarracenos, se habia apoderado para sostenerlas de gruesas cantidades en las rentas eclesiásticas. Diéronle á entender que san Euquerio condenaba ardientemente su conducta; creyólo, y sin examinar las circunstancias de aquellas acusaciones, resolvió castigar severamente al santo prelado. A su vuelta de Aquitania, donde habia derrotado felizmente á los Sarracenos, pasó por Orleans, y dio orden á san Euquerio para que le siguiese á París, y desde allí al palacio de Verneuil, que era una de las casas reales. Apenas llegó á ella, cuando le desterró á Colonia, juntamente

con todos sus parientes, sin querer dar oídos á su defensa.

Hizo en Euquerio poca impresion la desgracia. El gusto de hallar la soledad y el retiro que apetecia, le hizo mirar con complacencia el lugar de su destierro; pero solo le trataron como á desterrado el tiempo que tardaron en conocerle. Su eminente virtud fué, por decirlo así, una especie de hechizo, que luego le ganó el amor y el respeto de todo el mundo. El pueblo y el clero le trató con mucha honra, y los principales de la ciudad contribuian tan liberalmente á cuanto habia menester, que causó celos al príncipe; de suerte que envió orden al duque de Aspengau para que hiciese salir de Colonia al santo obispo, y le trasfriesen á una de las plazas fuertes de Hasbain, en el pais de Lieja; pero Dios le dió tambien tanta gracia en los ojos de este señor, que muy lejos de tratarle como prisionero, le respetó sumamente, y aun le hizo limosnero suyo. Habiendo obtenido del duque libre facultad para elegir el lugar que quisiese dentro de la provincia de Hasbain, escogió la abadía de Tron, que fué su último retiro.

Luego que se vió dentro de ella, solo pensó en santificarse mas y mas con el ejercicio de las mayores virtudes. Seis años pasó en una vida enteramente celestial. Redobló sus penitencias, y eran continuas su oracion y sus vigiliass. Hizo tanta impresion en todos los monjes el ejemplo del santo prelado, que se reformó el monasterio. Parecia que en su vida habia salido Euquerio del desierto, segun el total olvido que tenia de sus parientes y del mundo. Finalmente, queriendo el Señor premiar los trabajos de su fiel siervo, le llamó del destierro á la feliz estancia de los bienaventurados, por una muerte preciosa. Fué en dichoso tránsito el día 20 de febrero del año 743; y en poco tiempo ilustró el Señor la gloria de su sepulcro

con muchos milagros. Enterráronle en la iglesia de san Tron, y casi desde entonces se comenzó á celebrar su fiesta. Ciento y treinta y siete años estuvo al santo cuerpo en la sepultura, hasta que en el año de 880 fué elevado de la tierra, juntamente con el de san Tron, y expuesto en lugar eminente á la pública veneracion. La incursion de los Normandos, que sucedió el año siguiente, obligó al obispo Francon á ocultar los dos cuerpos santos en la gruta donde hoy dia son reverenciados. Venérase en una rica urna todo el cuerpo de san Euquerio, á excepcion de un hueso principal, que el año de 1606 se dió á la santa Iglesia de Orleans.

SAN LEON, OBISPO.

San Leon, uno de los prelados mas célebres de la Iglesia, el cual por la multitud de sus milagros mereció el renombre de Taumaturgo, nació en el territorio de Ravena, de padres profesores de la religion cristiana, los cuales esmeraron sus desvelos en la educacion del niño, que desde sus tiernos años ya se hallaba prevenido con las dulces bendiciones del cielo. Movido en su juventud de la fama de santidad con que se distinguia por aquel tiempo el obispo de Ravena, sin noticia de sus padres rogó á aquel prelado se dignase recibirle bajo su direccion y magisterio. Este le admitió benignamente, y luego que experimentó por su trato la inocencia de su vida, su pureza de costumbres y su celo ardiente por la religion, conociendo la utilidad que resultaria á la Iglesia de un ministro adornado con tan brillantes cualidades, por la serie prescripta en los cánones sagrados, le ascendió al orden sacerdotal, en cuyo ministerio se portó con tanta justifi-

cacion y edificacion del pueblo, que por su virtud, integridad y consumada prudencia se fió á su cuidado la administracion de las cosas eclesiásticas.

Ocupado Leon en tan importante comision, que satisfizo con aplauso de todo el clero y pueblo, que le publicaban digno de mayores empleos, ocurrió la muerte de Sabino, obispo de Catania en Sicilia; y rogando al Señor los electores se dignase concederles un prelado benemérito, por impulso superior hicieron la eleccion en nuestro santo, muy distante de apetecer honoríficos empleos. Entendido de la promocion, la resistió por cuantos medios caben en humana repugnancia, confesando ingenuamente su insuficiencia para el desempeño de tan grave peso. Pero no admitidas sus humildes excusas por los electores tenaces en el empeño, le llevaron por fuerza con aparato régio á la silla de Catania, en la cual se sentó por los años de 770.

Conociendo Leon por tan visibles pruebas que era voluntad de Dios cargase sobre sus hombros el peso gravísimo del ministerio episcopal, confiado en la gracia de aquel Señor que le eligió para el empleo, no omitió medio alguno que pudiera contribuir al desempeño de sus obligaciones. No es fácil explicar el porte de este varon apostólico, cuyo principal objeto no fué otro que el hacer brillar la disciplina eclesiástica en todo su clero, y reformar las costumbres del pueblo, animando siempre sus instrucciones con el ejemplo. Esmerábase tanto en el cuidado de los pobres, viudas, pupilos y huérfanos, que, abrazándoles como padre, repetia con frecuencia: « Ten, Señor, » abiertos los ojos, y atentos los oidos á los clamores » de los necesitados que á ti vienen. »

Aunque su celo apostólico, la singularidad de su vida ejemplar, el ardor por la religion, la instruccion particular en las sagradas letras, y las repetidas vic-

torias que consiguió de los herejes en las frecuentes disputas que tuvo con ellos, hicieran tan célebre á este excelente prelado, lo que mas recomendó su eminente santidad fueron sus asombrosos prodigios.

Vivia en Catania en su tiempo un celeberrimo mago, llamado Diodoro ó Lindoro, hijo de cierta mujer dicha Bárbara Patricia, el cual, aunque en sus primeros años habia sido cristiano, abandonando despues la Religion, se habia entregado al arte mágica con deseos ambiciosos. Valiéndose de la cooperacion de los demonios, hacia admirables trasformaciones de las cosas criadas, se trasferia de repente en términos dilatados, fingiéndose con poder divino persuadia al vulgo necio que le tributase un culto sacrilego, y no satisfecho con tan enorme delito, perturbaba á Catania y á toda Sicilia, causando á sus naturales considerables daños y perjuicios. Delatado á Lucio presidente de la provincia, este juzgó conveniente informar á los emperadores con justificacion de los perversos hechos de aquel hombre maligno, asegurándoles en la relacion que en nada cedia á Simon Mago. Apenas leyeron los emperadores Leon y Constantino tan infausta noticia, enviaron á Catania á Heraclides, su caballerizo mayor, con órden expresa de conducir á Lindoro dentro del término de treinta dias á Constantinopla, encargándole muy particularmente que no omitiera diligencia alguna capaz de satisfacer en un todo la comision. Partió Heraclides al momento, y habiendo llegado á Sicilia, se le presentó el mago inmediatamente, diciéndole que no se molestase en su busca, porque, aunque podia huir de todas sus diligencias con la mayor facilidad, con todo elegia mas bien morir gustoso á los piés del emperador, que vivir en su desgracia.

Estaba admirado el caballerizo de tan inopinada mención y dudando si en realidad era Lindoro, cuando le ofreció este que, prometiéndole la correspondiente

seguridad, haria que arribasen en un dia á Constantinopla. Amenazóle Heraclides sumergirle en el mar cuando así no lo cumpliese. Con efecto, entrando en unas lanchas todos los de la tripulacion, habiéndoles prevenido el mago que de medo ninguno nombrasen á Jesucristo, é introduciendo en el agua sus cabezas, se hallaron de improviso en Constantinopla. El caballerizo, lleno de asombro, refirió el suceso á los emperadores, los quales condenaron á Lindoro á pena capital. El mago, en el lugar del suplicio, pidió que le diesen agua para beber, rogando que lo hiciesen en una vasija, porque de otro modo no podia saciar la sed. Habiéndosele franqueado esta, saltó en ella, y desapareció, diciendo: Salve, emperador, búscame en Catania. Burladas las majestades imperiales, volvieron segunda vez con mas empeño á remitir á Heraclides á Catania, y Lindoro conducido segunda vez á Constantinopla, ejecutando lo mismo que en la primera, se libertó de la muerte con su magia, provocando al emperador á que le buscase en Catania.

Hemos referido esta historia para que mas brille la virtud de san Leon, pues lo que no pudo conseguir todo el poder humano, logró su santidad. Entendido el santo prelado del miserable estado de aquel hombre infeliz, deseoso de su salvacion, le aconsejó como padre repetidas veces que se reconociese, manifestándole los funestos fines de semejantes engaños; pero ignorando el desgraciado el poder de la gracia, y el que concede á sus siervos el Señor, estuvo tan lejos de arrepentirse, que convirtió sus malas artes contra Leon. En cierta ocasion, estando celebrando el prelado el santo sacrificio del altar, entró Lindoro en la iglesia, y principió á patear á todos los concurrentes, moviendo á unos á risa y á otros á indignacion, y aun gloriándose que haria saltar en el coro al obispo

con su clero. Sintió Leon como debía el insulto en el templo de Dios, y habiendo hecho fervorosa oracion, lleno de confianza en el Señor, se arrojó al mago con generosa intrepidez, y asiéndole con la estola por el cuello, le dijo: Por mi Señor Jesucristo te aseguro que de nada te han de aprovechar tus magias; y quedando el mago preso sin arbitrio, le condujo Leon asido con la misma estola á la hoguera que se encendió para quemarle, entre cuyas llamas mantuvo el santo la mano con la estola sin la mas minima lesion, hasta que quedó reducido á cenizas aquel impostor.

Tambien se acreditó el poder de nuestro santo en la destruccion de dos simulacros colocados con primoroso artificio en la eminencia de un templo profano, donde el impió Decio los tributaba culto, y que no pudieron demoler sus predecesores por mas exquisitas diligencias que hicieron para ello. Apenas oró al Señor, consiguió Leon que cayesen en tierra, reducidos á menudos pedazos, y convirtió aquel templo, despues de purificado, en iglesia dedicada á los cuatro mártires, poniendo en el mismo lugar de las estatuas el estandarte de la santa cruz.

La multitud de prodigios que cada dia obraba el Señor por los méritos de su siervo, hizo que volase la fama de su santidad por todo el orbe cristiano. Movidos de estos ecos los emperadores, y deseosos de verle, le mandaron venir á Constantinopla, donde, postrados á sus piés, le rindieron las veneraciones correspondientes, y encomendaron sus personas, su familia é imperio á sus poderosas oraciones para con Dios.

Finalmente, despues de haber satisfecho todas las obligaciones de su ministerio por espacio de 16 años como un verdadero sucesor de los apóstoles, lleno de merecimientos, murió en el Señor por los años de 716. El pueblo lloró su falta como la de un padre y pastor tan digno. Su cuerpo fué sepultado en el monasterio

que el mismo santo fundó cerca de los muros de Catania, y su sepulcro fué muy célebre antes que los árabes ocupasen la Sicilia, por el prodigio de manar de él un aceite de singular virtud para curar toda clase de accidentes.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tiro en Fenicia, la memoria de muchos santos mártires, cuyo número solo Dios lo sabe, á los cuales hizo morir con diversos géneros de suplicios Veturio, maestro de la milicia, en tiempo del emperador Diocleciano. Primeramente se les despedazó las carnes con crueles azotes; despues se les expuso á bestias de diferentes especies, de las cuales los libertó Dios milagrosamente; en fin, habiendo añadido el tirano á todos estos tormentos los del fuego y del hierro, acabaron su martirio con este postrer suplicio. Los obispos Tiranion, Silvano, Peleo, Nilo, con el santo presbitero Zenobio, que excitaban á la victoria á toda esta gloriosa multitud, habiendo sido sus compañeros en el combate, alcanzaron tambien con ellos la palma del martirio.

En la isla de Chipre, los santos mártires Potamio y Nemesio.

En Constantinopla, san Eleuterio, obispo y mártir.

En Persia, san Sadot, obispo, con otros ciento veinte y ocho mártires, que, por haber rehusado adorar al sol, en tiempo del rey Sapor, con crueles muertes merecieron inmortales coronas.

En Catania, en Sicilia, san Leon, obispo, esclarecido por sus virtudes y por sus milagros.

El mismo dia, san Euquerio, obispo de Orleans, cuyos milagros le dieron tanta honra como sus enemigos habian inventado contra él negras calumnias.

En Tournay, san Eleuterio, obispo y confesor.

La misa es la que se dice del comun de los confesores pontífices, y la oracion la que sigue.

Da, quesumus, omnipotens Deus, ut beati Eucherii, confessoris tui atque pontificis, veneranda solemnitatis, et devotionem nobis augeat, et salutem: Per Dominum nostrum...

Concedenos, ó Dios omnipotente, que la venerable solemnitad de tu bienaventurado confesor y pontífice san Euquerio, nos aumente la piedad y el deseo de nuestra eterna salvacion: Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 44 y 45 de la Sabiduria, y la misma que el dia IV, pág. 82.

NOTA.

« En los dos capítulos de donde se sacó esta epístola, » hace el autor un magnífico elogio de los patriarcas » y de los hombres grandes de la nacion hebrea, en » particular de Abrahán, Moisés y Aaron; y se ve claro » que en el mismo elogio se encierra también el de » los confesores pontífices de la santa Iglesia. »

REFLEXIONES.

Non est inventus similis illi, qui conservavit legem Excelsi: No se halló quien fuese semejante á él en observar la ley del Altísimo. Asombro es que esta ley no sea mas generalmente observada. Es la ley del Altísimo; ¿pues quién puede resistirse á obedecerla? De la observancia ó de la infraccion de esta ley pende nuestra felicidad ó infelicidad eterna; ¿pues quién se atreverá á violarla? Con todo eso hay pocos que la observen con fervor y con puntualidad. ¿De dónde nacerá la inobservancia de la divina ley en muchas personas que por otra parte son piadosas, y tienen una vida bastante arreglada? No de otro principio que de los respetos humanos. Este es el fantasma ima-

ginario, este es el grande escollo figurado en que se estrellan tantos proyectos, y que hace infieles á tantas almas. Y en suma, esos respetos humanos ¿qué vienen á ser? Un vano espantajo, forjado por la fantasia, abultado por el amor propio, á quien da el mundo toda su autoridad, y de quien se vale el enemigo comun para intimidar, para acobardar á las almas pusilánimes. Es un temor imprudente y necio de cumplir con su deber en punto de religion, de parecer cuerdo y virtuoso á los ojos de los que no lo son, y de tener una vida arreglada á la fe que se profesa.

¿Cuántas personas tocadas de la gracia de Dios, espantadas á la vista de sus desórdenes, se rendirian á los fuertes impulsos de la gracia, si la vana aprehension de los juicios del mundo, si los respetos humanos no sufocaran en ellas las mas santas resoluciones, y si no hicieran inútiles los esfuerzos de estas luces!

Remordimientos agudos, sobresaltos saludables, proyectos de conversion, deseos virtuosos, plan de nueva vida, todo da al través á la vista de este fantasma. Quiérese antes pasar los dias de la vida entre las amarguras de un corazon agitado, entre las turbaciones de una conciencia cruelmente atormentada; quiérese antes vivir en desgracia de Dios; quiérese antes arriesgarlo todo, que exponerse á la zumba, á la risa, á la censura de un monton de mentecatos, á quienes siempre pone de mal humor el mérito de otros, y que no pueden tolerar sean mas prudentes que ellos los que en otro tiempo no fueron mejores.

¿Vióse jamás en el mundo temor mas infundado, mas mal empleada condescendencia, ni deferencia mas irracional ni mas injusta? Estáse en la firme persuasion de que el camino va errado; conócese claramente el riesgo y el precipicio: pálpase, confiábase la